

# EL BELLO SEXO.

SEMANARIO CIENTÍFICO-LITERARIO

DEDICADO Á LA MUJER,

Y DEFENSOR DE LOS INTERESES DE LA FAMILIA.

## PRECIO DE SUSCRICION.

En Alicante, 0'50 pesetas al mes.  
Fuera de la capital, 1'50 trimestre.—Pago anticipado.—Anuncios á precios convencionales.

## PROPIETARIO Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ BERNABEU GONZALEZ.

## PUNTO DE SUSCRICION.

En la Administracion y Redaccion, calle de San Pascual, 12, donde se dirigirá toda la correspondencia. No se devuelven los originales.

## EL BELLO SEXO.

Martes 31 de Octubre de 1882

### EL SUICIDIO.

Todas las épocas tienen alguna aberracion inconcebible, algun destello que las señala en la historia con peculiares caracteres, algun vicio predominante que clasifica su estado moral, como las diversas edades de la vida del hombre tienen un sello distintivo que las cualifica de un modo evidente.

Y téngase en cuenta que esta aberracion, este destello, este vicio, no depende esencialmente de la educacion, de las costumbres, de la moralidad, sino que es efecto de una causa incomprensible que se nos impone sin que la veamos, sin que, al ménos conscientemente, podamos señalarla ni definirla. Ya es la manía del robo que caracteriza al hombre de nuestras primeras edades geológicas; ya el erotismo que le domina en los tiempos de Egipto, Roma y Grecia; ya el ardor bélico que le consume en la Edad Media; ya el afán de la alquimia que le hace morir de inanición ante la retorta de donde espera ver salir la famosa piedra filosofal; ya la fiebre de los descubrimientos que le impele por mares jamás surcados en busca de ilusorios paraísos; ya, por último, el suicidio, que en la última mitad del siglo XIX exhibe su terrible figura, amenazando con exterminar la raza humana, á juzgar por los innumerables casos que todos los días nos vemos precisados á consignar en las columnas del periódico, no como incentivo, segun algunos timoratos pudieran suponer, sino como correctivo al mal.

Todas las religiones, todas las creencias, todos los dogmas de moral, condenan el suicidio como el más atroz de los crímenes, ya porque con él se ofende á la humanidad entera, ya porque directamente conspira contra la sociedad, contra la civilizacion, contra el progreso de los pueblos. El suicida debiera meditar más su nefando propósito, y á buen seguro que no le llevaría á cabo: hay tantas cosas que militan en contra de ese crimen, que no es posible suponer al criterio humano despeñándose ciego en esa fatal pendiente, una vez que haya reflexionado en sus consecuencias.

El alma es inmortal; el alma es eterna, y existe en nosotros como en lugar de tránsito. Ese yo que nos hace sentir y pensar; esa fuerza misteriosa y desconocida, que hace que el hombre consiga encerrar el rayo dentro de una bomba de cristal para alumbrarse con él cuando el sol deja el horizonte; que le dá medios de servirse del fluido eléctrico para transmitir su pensamiento á colosales distancias; que le presta fuerza en sus ideas para dominar el vapor de agua y convertirle en medio de locomocion, no puede morir con el cuerpo, no muere con la materia. ¿Y

cuál es su destino? ¿Dónde vá? Cómo subsiste á través de esa tumba que encierra y consume el organismo? Nadie lo sabe; pero debemos pensar, dada la injusticia que el mundo guarda en sus procedimientos, dado el espíritu de parcialidad que informa todos los actos humanos, que esa supervivencia lleva el fin del premio ó del castigo eterno, premio y castigo que el hombre rara vez alcanza en la vida, ó si lo alcanza es insuficiente sancion para sus actos.

Mas como hemos de considerar la cuestion bajo todos sus aspectos y en todos los terrenos, cumple á nuestro propósito hacer algunas consideraciones acerca de su inconveniencia, mejor diremos, su criminalidad, bajo el punto de vista filosófico.

El hombre ha nacido para ser útil á la sociedad en que vive. Su inteligencia no ha venido á la esfera de la actividad para terminar cuando ese hombre quiera, sino para prestar su concurso á la civilizacion, al adelanto de los pueblos. Toda otra idea, todo otro principio es opuesto á ese sublime ideal que hace del hombre el ser más perfecto de la creacion, y conspira contra esa sociedad que tiene el derecho de exigirle su concurso en la medida que su inteligencia alcance. El hombre se debe al amor de sus semejantes, y el mismo precepto natural que le prohíbe atentar á la vida del hombre, de su prójimo, le manda conservar la suya en pró de sagrados deberes que no puede excusarse de cumplir; si cada cual hubiera de llevarse por ese inconcebible egoísmo, si cada uno creyese insuperables los obstáculos que encuentra al paso, ni hubiera nacido la sociabilidad, ni hubiérase inventado la imprenta, ni existiría para nosotros nada fuera del círculo de la ciudad ó de la aldea que nos encierra entre sus muros.

Dícese generalmente que el hombre es dueño de sí mismo, y esto es un error; el hombre es eslabon de una cadena, y no debe, no puede romper esa armonía de la naturaleza por el sólo movimiento de su voluntad; porque si así fuese no habria actos punibles, ni moralidad, ni justicia. El hombre debe, pues, conservarse en esa dulcísima esclavitud que le liga al hombre; debe fomentarla, porque ayudándole se ayuda á sí mismo, amándole se ama, y favoreciéndole se favorece.

No debe fijarse en ciertos pueriles temores que le hacen desear la terminacion de su vida, porque á más de ser insensato, es cobarde. ¿Qué cosa puede haber que se sobreponga al génio del hombre cuando éste maneja de tal modo las causas físicas que las obliga á su servicio? ¿Qué dolor que le avasalle hasta el punto de olvidar que el tiempo, el trabajo y el estudio no pueden vencer? Pues qué, ¿tan pequeño se cree que juzga imposible sobreponerse á los sufrimientos?

Valor es necesario, ¿quién lo duda! para afrontar el supremo instante de la muerte; pero es un valor cobarde, es una tácita confesion de debilidad que equivale á decir: «Mi presente, mi porvenir me anona-

dan, y antes que arrostrar este presente ó ese porvenir, prefiero aniquilarme...»

¡Desdichado! ¿Quién sabe si viviendo haria fecundo ese porvenir! ¿Quién sabe si de ese instante supremo depende el de toda la sociedad!

## DELIRIOS DE UNA LOCA.

LEYENDA FANTÁSTICA.

(Continuacion.)

—No quiero ser querida á ese precio—la contesté—prefiero la indiferencia de Anatolio á mi deshonra.

—¿Esas necias ideas las has aprendido de la Resignacion?—me preguntó con acento irónico.

—Nó,—la contesté con dignidad—las aprendí en casa de mis padres, donde fueron mis maestras la Religion y la Moral.

—¡Bravas maestras por vida mia!—me replicó lanzando una sarcástica carcajada que me estremeció.

—Vete, vete, infame reina del averno la dije—tu no puedes enseñarme mas que cuadros de condenados, porque no conoces á la Virtud.

—Te equivocas—me contestó—esas que has visto son escenas de la vida real, en las que yo no tomo parte, porque á todos esos seres le sonríe la Esperanza, y donde ella mora ya sabes que no tengo entrada. En cuanto á lo que dices de que no conozco á la Virtud, voy á probarte lo contrario. Mira—me dijo señalándome de nuevo el mismo cuadro.

La obedecí, y en vez del jardin que antes representaba, apareció una modesta habitacion, en donde una jóven, mucho mas hermosa que las anteriores, trabajaba inclinada sobre un bastidor.

Abrióse la puerta y entró un anciano. La hacendosa niña, dejando el bordado, dirigió al recién llegado una cariñosa mirada acompañada de dulce sonrisa.

—¿Es su padre?—pregunté á la dama roja.

—Nó—me contestó—es su futuro esposo.

Entonces el lienzo fué envuelto con la misteriosa niebla, y desapareció su fondo.

—Pocos lances tiene esto—la dije.

—A tí te parece—me replicó—voy á contarte la historia de esa jóven, y tu juzgarás.

Se llama Cefisa; sus padres, necios y timoratos, la inculcaron esa Virtud de que tu haces alarde; por los consejos que les daba la Resignacion que con frecuencia los visitaba, conllevaban sumisos las continuas privaciones que sufrían, pues eran muy pobres.

Quince años contaba Cefisa cuando perdió á su padre.

Solas y abandonadas madre é hija, tuvieron que trabajar sin descanso para procurarse el sustento necesario.

Por los sufrimientos morales y materiales que la madre de Cefisa sentía, enfer-

mó de tal modo, que la pobre anciana quedó paralítica, y sin poder ayudar á su tierna hija en la tan ruda como poco productiva tarea diaria que se veía obligada á ejercer, para poder soportar aquella aflictiva situación. ¡Cuánta amargura sentía en su alma la pobre niña por tan triste acontecimiento!

Pero la Resignacion no la abandonaba; seguiala á todas partes, inculcando en ella esas mismas ideas que hoy dominan en tí.

Ella le obligó á rechazar brillantes proposiciones de jóvenes ricos, alegres y divertidos que la brindaban con el amor, el placer y el fausto; y Cefisa pasó los mas hermosos años de su juventud junto al lecho de su madre, trabajando sin cesar.

Por fin murió aquella, y entonces, ese anciano que has visto, ofreció su mano á la pobre huérfana: ella aceptó, creyendo que aquel hombre por su edad respetable sería cuerdo y juicioso marido; pero ¡ah! cuánto se equivocaba! El viejo era un libertino, que entregado á todos los vicios, hizo libar á la bondadosa Cefisa la copa de la amargura. El mal esposo llegó á cometer con su compañera la accion más villana, mas indigna y cobarde, cual es la de sellar con su asquerosa mano el hermoso rostro de la mártir; y ella, siempre aconsejada por la Resignacion, sonreía al mundo para mejor ocultar los repugnantes defectos de su esposo, y aun en pago de su pérfido comportamiento, le elogiaba diciendo á todos que era el mejor de los hombres; pero el mundo, que tiene vista de lince, no la creía, porque en la frente de aquella singular mujer leía claramente el martirio de su alma.

Pero no era la conducta de su esposo lo que mas atormentaba á Cefisa. nó; eran las sombras que moraban en su casa, y que cual á tí te ocurre, fueron las que marchitaron su hermosura, las que apagaron el brillo de sus bellísimos ojos, las que encorvaron su esbelto talle, las que encanecieron su finísima cabellera y agostaron su lozana juventud tan rápidamente hasta el punto de que en breve tiempo no se pareciera en nada á la Cefisa de pocos años antes.

¿Quieres ver por tus propios ojos lo que fué de ella cinco años despues de su matrimonio? Mira el cuadro.

Interesada vivamente por aquella desgraciada, dirigí mi vista al lienzo, y ante mis ojos apareció un sepulcro.

—¡Una tumba!—esclamé horrorizada.

—Sí,—me contestó la consabida dama—es la de Cefisa, muerta en la flor de su edad por escuchar á la Resignacion y no crearme á mí.

En aquel momento ví aparecer en el cuadro á un hermoso niño, que con pausado paso y semblante triste y macilento se adelantaba hácia la tumba. Llegado que fué á ella, se prosternó á sus piés, prorumpiendo un tan sentido y amargo llanto, que causándome tan honda pena aquella escena de dolor, lloré con él.

—Ese es el hijo de Cefisa—me dijo mi acompañanta.—¡Pobre niño! huérfano en sus primeros años, por no haber querido su madre afrontar con valentía los atropellos de su esposo y hacerle variar de vida con su decidida actitud; sinó que sufriendo en silencio el cruel martirio que la daba, fué estinguendo su vida poco á poco, sin comprender que su tierno hijo quedaba sin el cariño de la madre, que tan necesario nos es, particularmente en nuestra primera edad. Ella y solo ella es la culpable de la orfandad de ese pobre niño.

De pronto, multitud de voces llegaron á mi oído, ahogando el llanto de aquel ángel. Momentos despues aparecieron en el cuadro innumerables sombras, que en confuso tropel rodearon la tumba, empu-

ñando en sus descarnadas manos magníficas copas de oro y plata, que otras sombras, como á modo de espectros, llenaban de un licor rojo que contenian las valiosas ánforas que llevaban.

Aquella multitud de misteriosos séres, bebía, cantaba y danzaba al rededor de la fria sepultura, y sus desacordes voces acompañadas del metálico sonido que producian las argentinas copas al chocar unas con otras, y sus estridentes carcajadas, todo en fin formaba tan extraño y patético contraste que sentí miedo y fui presa de un temblor nervioso y un frio glacial se apoderó de todo mi cuerpo.

—Ya lo ves, querida Lambra—me dijo la Desesperacion,—esas son las sombras que vienen á celebrar su triunfo sobre la tumba de Cefisa.

La vista de aquel siniestro espectáculo, llenó de amargura mi corazón, y no pude ménos que reconocer la verdad que encerraban las palabras de la dama roja.

¡Ah! cuán abatida está en el mundo la virtud!

¡Qué ejemplo de ello tenia ante mis ojos!

Cefisa, la buena madre, la esposa modelo, descansando su inanimado cuerpo sobre aquel frio sepulcro.

La egoista, la mala madre, la adúltera esposa, llenas de vida y engañando al mundo, disfrutando de los placeres, y siendo consideradas como buenas por esa mentida sociedad, que, por su contagiosa corrupcion, solo se fija en lo aparente y superficial de los séres que la componen.

—Cefisa se ha buscado la muerte—me dijo la Desesperacion, cual sí leyendo en mi pensamiento contestase á mis reflexiones.—

La vida es un don precioso que se debe defender valerosamente, y quien siguiendo los consejos de la Resignacion deja que la inercia y la consuncion agoten su existencia, comete un suicidio.

—Pues, ¿qué habia de haber hecho esa pobre jóven para evitar su fatal desatino? la pregunté con sumo interés.

—Huir de la casa de sus verdugos, como yo la aconsejaba—me contestó.

—Abandonar á su esposo. ¡Oh! eso no debe ser, eso es indecoroso: la mujer honrada, antes que optar por eso, debe resignarse á sufrir el martirio.

—No prosigas, desgraciada. Veo con disgusto, que á pesar de todos mis esfuerzos, quieres seguir los pasos de Cefisa. Tú morirás como ella, y el alma mala y las sombras, tambien celebrarán su triunfo sobre tu tumba.

(Se continuará.)

Hemos recibido el primer número de *El Gallo*, revista semanal de espectáculos públicos, á cuyo novel colega devolvemos su afectuoso saludo y le deseamos buena suerte y larga vida.

El jueves último hizo su debut en la presente temporada en el Principal coliseo de esta capital, nuestro apreciable amigo y paisano el bajo Sr. Rizo, cantando *El Diablo en el Poder*, demostrándonos que estudia con fé y provecho, lo que unido á las naturales facultades con que cuenta, hará que llegue á ocupar un distinguido lugar entre los de su clase.

\*\*\*

Igualmente tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros amables lectores, que el simpático paisano y tambien querido amigo nuestro, el tenor D. Rafael Pastor, ha sido contratado por la empresa de nuestro Teatro Principal, debutando en la noche del pasado viernes en la bonita zarzuela *Jugar con Fuego*, recibiendo nutridos aplausos en recompensa de los buenos deseos que demuestra el novel artista para agradar al público.

Nada menos que siete parejas de tiernos tórtolos han tendido su amoroso vuelo en menos de quince dias, desapareciendo del hogar paterno.

Aturdidos estamos

Queridos lectores,

Al ver que pululan

Tantos trovadores.

¿Son enamorados

O secuestradores?

¿O comisionados

De agencias de amores?

Nuestro apreciable colega local *El Constitucional Dinástico*, en el número correspondiente al viernes último, nos dedica una gacetilla, manifestando en ella que su revistero ¿artístico? no admite la polémica á que le retábamos.

Queda, pues, en pié, cuanto respecto á él deciamos en la seccion Teatral de nuestro número anterior, y nosotros mas convencidos de su poca *sabiduría*, puesto que al concedernos el *sabidillo* X el título de *sabiondo*, ni siquiera sabe escribirlo; esto amen de la *bellísima forma literaria* de la tal gacetilla, que si por algo encanta es por *lo correcto* de su estilo.

Una tarde que el diestro Dominguez fué cogido por el toro en la plaza de Sevilla, y cuando todo el público enmudecía al ver que el lidiador habia salido ileso de los enormes pitones de un *Concha Sierra*, dijole un zumbon en el tendido:

—¡Señó Manolo! repita osté esa suerte, que estaba distraído y se me ha pasado sin indicarla.

Estamos en un juzgado de paz.

Un hombre desea separarse de su esposa, con quien hasta entonces ha vivido al parecer en paz y en gracia de Dios.

El Juez conocia á los esposos, y preguntó al marido:

—¿Por qué se quiere V. separar de su mujer? ¿No es virtuosa?

—Sí, señor.

—¿No está sana?

—Sí, señor.

—¿No es fecunda?

—Sí, señor.

—Entonces, si tiene tan buenas cualidades, ¿quiere V. dejarla?

Al llegar aquí se quitó el hombre un zapato.

—¿Vé V. este zapato, señor juez?

—Sí, señor.

—¿No es nuevo?

—Sí, señor.

—¿No está bien hecho?

—Sí, señor.

—¿No es de buena suela y buen becerro?

—Sí, señor.

—Pues, sin embargo, este zapato me aprieta.

—¡Ya!

—Y lo mismo me pasa con mi mujer. Cada uno sabe dónde le aprieta el zapato.

LA MUJER EN LOS COMICIOS.—El Cónsul de España en Elseneur, participa al ministro de Estado que el Althing (Cámara popular) de Islandia ha decretado últimamente, y S. M. el rey de Dinamarca sancionado, una ley estableciendo que las mujeres, viudas y solteras, cabezas de familia ó que gozan de una posicion independiente, tienen derecho á tomar parte en las elecciones de ayuntamientos, de diputaciones provinciales ó de distrito; siempre que hayan cumplido veinticinco años de edad y estén en el uso de los derechos civiles.

UNA BROMA PESADA.—De un proceso curioso van á entender los tribunales franceses.

La escena ocurrió en una playa del Norte de Francia muy en moda, entre un joven de la alta sociedad francesa, que perseguía con insistencia á una señora. Esta, que es una gran nadadora, resolvió dar una lección al joven sin necesidad de que interviniese su marido. Al efecto esperó á que un día hubiera gran concurrencia en la playa, y en cuanto el atrevido pretendiente se echó al agua, la intrépida nadadora se acercó á él, y asiéndole de los cabellos, le zambulló en el agua por cuatro ó cinco veces, entre las carcajadas de todo el mundo.

El joven burlado la persigue ahora como autora de tentativa de asesinato.

Dando una prueba más de su galantería el dignísimo señor Coronel del Regimiento de Tetuan, mandó que la música de dicha fuerza dejara oír sus acordes en el paseo de Mendez-Núñez, en la noche del jueves último, como despedida á los habitantes de esta ciudad, que con verdadero sentimiento ven marchar á los distinguidos Jefes y apreciables oficialidad del mencionado cuerpo, que tantas simpatías han sabido conquistarse en todas las clases sociales de este pacífico pueblo.

Tampoco se olvidará jamás la elocuentísima y convincente palabra del dignísimo y apreciable sacerdote, D. Santiago García, capellan del citado regimiento, que con su acrisolada virtud y fé constante nos ha demostrado con incansable celo el amor que profesa al sagrado ministerio que ejerce,

Reciban todos la más cordial despedida de la redacción del BELLO SEXO y estén seguros que desde donde quiera que se encuentren pueden disponer de nosotros como verdaderos amigos que siempre les profesarán un sincero afecto.

Nuestras primeras autoridades también fueron obsequiadas en la noche del último viernes por la citada banda, con una serenata de despedida.

Los monjes del convento de San Juan de Dios de París, con esa paciencia propia solo de los benedictinos, han reunido 1.800.000 sellos de correo, y adornado las paredes del locutorio, que presenta un mosaico de los más extraños. Primeramente se ven reunidos 153.878 sellos de diversos colores, operación preliminar que ha durado 8 meses. El arreglo simétrico de todos ellos representa, sucesivamente, un paisaje chico, un castillo español, un *chalel* suizo, un perro milord, un kiosko, una mariposa, una colección completa de plantas y flores, un chino, el año 1882 en números romanos y una chimenea gótica con una banderola, donde se leen estas palabras: *Ad majorem Dei gloriam*.

La sociedad de Higiene de París ha declarado por los lábios de médicos insignes, que es un error suponer que el perro rabioso aborrece el agua.

Uno de aquellos médicos dice lo siguiente en un informe:

«Si, ese perro está á punto de rabiar, bebe: bebía ayer, bebe hoy, y beberá mañana, cuando se le haya declarado la enfermedad, procurará beber hasta el fin, es decir, mientras le reste la fuerza y la posibilidad de beber.

Esto os asombra, porque está en contradicción con lo que siempre habeis oído decir; porque se opone á la antigua preocupación que quiere que un perro rabioso tenga horror al agua y no beba nunca, preocupación que, como la de *la espuma en la boca* y de *la cola entre las patas*, se halla profundamente arraigada en la ima-

ginación del vulgo. ¡De cuántas desgracias ha sido causa este fatal error! ¡Cuántas personas, que se figuraban que su perro no estaba rabioso porque bebía, han sido víctimas de esta ilusión!

He tenido ocasión de observar centenares de perros rabiosos, queridos niños, y no he encontrado uno solo que no bebiera, que no se lanzara con avidez hácia el agua fresca que presentaban, viniendo á veces á lamerla hasta en el cuello mismo de la botella con que se le vertía á través de los barrotes de su jaula. *El perro rabioso bebe*: estad bien penetrados de esta verdad, y jamás creais lo que os digan en contrario.»

SANTA CECILIA.—Con este título se ha establecido en la calle de Castaños número 4, un Colegio de señoritas, bajo la dirección de la ilustrada profesora doña Adela Esplá.

En este centro de instrucción se estudiarán todas las asignaturas, que comprende la primera enseñanza elemental y superior hasta la preparación para el ingreso en la escuela normal.

Además se han establecido clases de adorno, tales como francés, solfeo, canto y piano, que unidas á las de las labores concernientes á su sexo, como son bordados en blanco y litografía, en gró, cañamazo, terciopelo, glasé, tul, etc., flores, frutas artificiales, encajes blondas etcétera, elevan á este establecimiento á la altura de los mejores de su clase.

Los padres pueden llevar á sus hijas á este establecimiento, confiados en que la instrucción que recibirán éstas, está basada en los sanos principios de la moral cristiana y persuadidos de que verán coronados sus deseos por el más lisonjero éxito.

— 210 —

sus ojos la marquesa del Val se ha presentado como una miserable, qué espero de él? ¡Ah! el despocho me ahoga.

Y la marquesa, levantándose inquieta, se puso á pasear por la estancia con marcadas muestras de su desesperación y aturdimiento. —Nadie sospecha de mí—continuó hablando consigo misma—nada más que de: es preciso fingir ante estas pobres gentes, para que nada comprendan.

Y la marquesa, moderando sus paseos y dulcificando su carácter y su voz, se acercó á los ancianos, y con frases de consuelo procuraba animarles, haciéndoles concebir gratas esperanzas.

Momentos después se oyó el trotar de un caballo, y como movidos por un propio resorte, todos se dirigieron á la puerta, en el mismo instante en que un ginete entraba en el patio.

Señores, dad gracias á Dios, dijo Horacio

— 211 —

deteniendo al noble bruto.—Marcelino, aquí tenéis á vuestra hija; está desmayada y es preciso socorrerla pronto, sin perder momento.

Y entre todos, condujeron á la joven al hogar, dejándola sobre la butaca que momentos antes ocupaba la marquesa. Ésta hizo aspirar á la enferma un pomo de sales.

Horacio dirigió á Clotilde tan severa mirada, que la hizo bajar la vista.

—¡Pobre hija mía!—dijo el labriego estrechando entre sus manos la diestra de la niña que con efusión besaba, regándola con sus lágrimas.

—¿Dónde la habeis encontrado, señor?—preguntó el sacerdote al artista.

El joven contó entonces cuanto le habia ocurrido con el inglés.

—Bendigamos á la Providencia una y mil veces—dijo el ministro del Señor—que ha puesto en camino á esos viajeros en noche tan

— 212 —

Poco tiempo después de esta interesante escena, cada cual se retiró á su habitación, quedándose Marieta en la de Adriana, para estar á su cuidado aquella noche.

Cuando la aristocrática dama se encontró á solas en su dormitorio, clavó su vista en una bella imagen de la soledad que sobre un rico reclinatorio habia; y allí, con toda la efusión de su alma, dirigió á María esta sentida plegaria.

¡Oh Virgen mía! he sido un infame con esta pobre niña; yo he estado loco, madre mía; deprimida por la maldita vanidad, no reparaba en los medios para conseguir los materiales fines de mi ciego orgullo. Virgen purísima por vuestra infinita bondad os suplico, aquí de rodillas, y con lágrimas de verdadero arrepentimiento, me perdoneis el daño que en mi locura hice, y que ejerzais en mí vuestra misericordia, devolviéndome la calma á mi pobre espíritu.

— 214 —

resante figura de Margarita de Fausto, antes de perder pureza.

Horacio la contemplaba estasiado. Todos los corazones estaban conmovidos, y hasta la culpable Marquesa no pudo contenerse ante aquel interesante cuadro, y también se arrojaron de sus ojos lágrimas de arrependimiento por el daño que habia causado á la tierna niña, que al recobrar la palabra, lo primero que hacia era perdonar á su enemigo.

Clotilde se acercó á la joven, y levantando la, la estrechó contra su pecho, exclamando: —¡Cuán buena eres, Adriana!—Esta la miró con bondad, abrazándola á su vez.

—Señora,—dijo el padre Diego señalando al cielo—es que allí hay un Juez infalible que hace triunfar la virtud, y tarde ó temprano castiga al culpable.

—Ya lo veo, padre, ya lo veo—contestó la marquesa sin poder contener un profundo suspiro.

LAS DOS MANOS.

FÁBULA.

Amad á los enemigos, y haced bien á los que os quieren mal.

Transida la diestra mano Con ancha herida muy honda, Está D. Gil en su lecho Y echa espumas por la boca: Maldice á sus agresores, Y, á miles, dicterios brota, Anuncios de su venganza Fiera, inevitable y pronta, Una noche en que el coraje Más que nunca lo emponzoña, Y en duro insomnio le tiene El dolor que lo devora, Observa, que entre sus manos Esta plástica se forma, Y el eco trajo á su oido Por debajo de las ropas: —«Yo te admiro, compañera, (Dijo la diestra á la otra) Y á todos los demás miembros, Por vuestra paciencia heroica! Por mas que á todos aflijo Con mis punzadas diabólicas, Y os quito el sueño y la calma, Lo sé, ninguno me odia. Antes bien, me consideran, Y mis ultrajes soportan, Y algunos hacen mis veces Sufriendo lo que á mi toca.» —«Nada hacemos (le responde La siniestra bondadosa) Que no tenga su principio En causas de mucha monta: Verdad que nos martirizas, Que nos dás muy malas horas, Y, no obstante, te queremos!

Mas ¿es posible otra cosa? ¿No véis los ocultos lazos Que nos estrechan y amoldan A formar un solo cuerpo Y á vestir un alma sola? Pues entonces, ¿por qué estrañas Nuestro amor y nuestras obras, Si el bien ó el mal que te hagamos Redunda en las partes todas?» —«No son tales los ejemplos Que el hombre nos dá en su historia, (Repuso la Mano herida); Pues la venganza es su norma.» —«Lo sé, (contestó la Hermana). Mas no será porque ignora Que todos forman un cuerpo Que la Humanidad se nombra.» En esto D. Gil gritando, En el lecho se incorpora; Y, ¿estoy soñando ó despierto? (Dice con voz temblorosa.) Luego yo soy un malvado! Pues ardo en la sed rabiosa De aniquilar á los miembros Que me ofenden é incomodan! No será! pues ya, rendido, Ante esa Cruz salvadora, Amarlos mi pecho jura, Y sin afan los perdona.» De aquel divino precepto La razon comprende ahora: Amad á los enemigos Haced bien á los que os odian.

LA CIEGA.

¡Qué ciego es el mundo madre! ¡Qué ciegos los hombres son! Piensan, madre que no existe, Más luz, que la luz del sol!

Cuando cruzo los paseos, Cuando por las calles voy, Todas las gentes me miran Y me tienen compasion. Y oigo que hombres y mujeres Murmuran á media voz: «¡Pobre ciega! ¡pobre ciega Que no vé la luz del sol!» Cristo es mi luz, es el dia, Cuyo brillante arrebol No se apaga de la noche En el sombrío crespon. Yo veo la luz divina Y su eterno resplandor; Mis ojos, madre, son ciegos, Pero mi espíritu no. Tal vez por eso no hiere El mundo mi corazon, Cuando dice: «¡Pobre ciega Que no vé la luz del sol!» Hay muchos que ven el cielo, El trasparente color De las nubes, de los mares La perpétua agitacion. Mas cuyos ojos no alcanzan A descubrir al Señor, Que tiene á leyes eternas Sujeta la creacion. No veo lo que ellos ven, Ni ellos lo que veo yo: Ellos ven la luz del mundo, Yo veo la luz de Dios. Y siempre que ellos murmuran «¡Pobre ciega!» digo yo: «¡Pobres ciegos, que no ven Más luz que la luz del sol!»

ALICANTE.—1882. Imprenta de Antonio Seva, Progreso, 5.

\*\*

de su buen corazon pedia á Dios que devolviera á su casa y con vida á la pobre Adriana, á quien amaba sinceramente. Sentado en un sillón junto á la lumbre, se hallaba el virtuoso sacerdote, el padre Diego, que sin cesar elevaba sus preces al Altísimo para que salvara á la pobre muda. Marcelino, triste y cabizbajo estaba al lado del anciano ministro del Señor, y como él rezaba, dejando escapar entrecortados sollozos que demostraban la pena que le embargaba. La marquesa, arrellanada en una butaca, estaba sombría, contrariada, irritada, nerviosa, y con rabia rompía los puños de encaje de su rico vestido. —Mi plan —se decia— tan bien combinado, y que tan buenos resultados estaba dando, se ha venido abajo como un castillo de naipes. Pero ¿qué me importa ya que ella muera, si Horacio sospecha; qué digo; sabe perfectamente que soy la autora de ese plan? ¿Si antes

—212— oruel para que salvaran á la pobre niña, pues de otro modo, de seguro hubiera perecido. El corazon de Adriana empezó á palpar con precipitacion, notándose en ella esos movimientos naturales que hace un sér al recordar la vida poco á poco. Todos los concurrentes se agruparon al rededor del sillón. Por fin, la bella campesina abrió los ojos, fijándolos con estrañeza en los que la rodeaban, como quien despierta de un largo y pesado sueño. Fijándose en el sacerdote, y despues de recepcionar un momento le dijo Adriana: —Padre Diego, ¿Martín ha confesado su pecado? ¿Ha declarado mi inocencia?

—213— —Absortos quedaron todos al oír hablar á la jóven. ¿Era realidad ó ilusion? Aquella dulce voz que volvia á resonar en los oidos de los concurrentes, era la voz de Adriana; y sin embargo, todos dudaban, y suspenso estaban

—213— mirándose unos á otros sin atreverse á desplegar los labios. Pasada la natural emociion, el sacerdote la contestó. —Si, hija mia. Dios ha querido que recibieras la honra y la palabra perdida en noche aciaga, en esta feliz mil veces para ti y para todos los que presenciarnos este milagro. Entonces, Adriana, posturándose de hinojos y juntando las manos fervorosamente, levantó sus ojos al cielo, y con acento conmovido y entrecortado por los sollozos osclamó: —¡Oh, Dios mio! Gracias os doy por vuestra justicia y misericordia infinita. Perdonad al calumniador como yo lo perdono. Y la bondadosa jóven estaba ruidante de hermosura. La viva llama del hogar reflejaba sobre sus rubios cabellos, que parecian como aureola divina en torno de su rostro angelical, y el blanco vestido que envolvía su esbelto talle, hacian recordar al verla, la inte-

—212— de su buen corazon pedia á Dios que devolviera á su casa y con vida á la pobre Adriana, á quien amaba sinceramente. Sentado en un sillón junto á la lumbre, se hallaba el virtuoso sacerdote, el padre Diego, que sin cesar elevaba sus preces al Altísimo para que salvara á la pobre muda. Marcelino, triste y cabizbajo estaba al lado del anciano ministro del Señor, y como él rezaba, dejando escapar entrecortados sollozos que demostraban la pena que le embargaba. La marquesa, arrellanada en una butaca, estaba sombría, contrariada, irritada, nerviosa, y con rabia rompía los puños de encaje de su rico vestido. —Mi plan —se decia— tan bien combinado, y que tan buenos resultados estaba dando, se ha venido abajo como un castillo de naipes. Pero ¿qué me importa ya que ella muera, si Horacio sospecha; qué digo; sabe perfectamente que soy la autora de ese plan? ¿Si antes

—213— mirándose unos á otros sin atreverse á desplegar los labios. Pasada la natural emociion, el sacerdote la contestó. —Si, hija mia. Dios ha querido que recibieras la honra y la palabra perdida en noche aciaga, en esta feliz mil veces para ti y para todos los que presenciarnos este milagro. Entonces, Adriana, posturándose de hinojos y juntando las manos fervorosamente, levantó sus ojos al cielo, y con acento conmovido y entrecortado por los sollozos osclamó: —¡Oh, Dios mio! Gracias os doy por vuestra justicia y misericordia infinita. Perdonad al calumniador como yo lo perdono. Y la bondadosa jóven estaba ruidante de hermosura. La viva llama del hogar reflejaba sobre sus rubios cabellos, que parecian como aureola divina en torno de su rostro angelical, y el blanco vestido que envolvía su esbelto talle, hacian recordar al verla, la inte-

—213— mirándose unos á otros sin atreverse á desplegar los labios. Pasada la natural emociion, el sacerdote la contestó. —Si, hija mia. Dios ha querido que recibieras la honra y la palabra perdida en noche aciaga, en esta feliz mil veces para ti y para todos los que presenciarnos este milagro. Entonces, Adriana, posturándose de hinojos y juntando las manos fervorosamente, levantó sus ojos al cielo, y con acento conmovido y entrecortado por los sollozos osclamó: —¡Oh, Dios mio! Gracias os doy por vuestra justicia y misericordia infinita. Perdonad al calumniador como yo lo perdono. Y la bondadosa jóven estaba ruidante de hermosura. La viva llama del hogar reflejaba sobre sus rubios cabellos, que parecian como aureola divina en torno de su rostro angelical, y el blanco vestido que envolvía su esbelto talle, hacian recordar al verla, la inte-

—213— mirándose unos á otros sin atreverse á desplegar los labios. Pasada la natural emociion, el sacerdote la contestó. —Si, hija mia. Dios ha querido que recibieras la honra y la palabra perdida en noche aciaga, en esta feliz mil veces para ti y para todos los que presenciarnos este milagro. Entonces, Adriana, posturándose de hinojos y juntando las manos fervorosamente, levantó sus ojos al cielo, y con acento conmovido y entrecortado por los sollozos osclamó: —¡Oh, Dios mio! Gracias os doy por vuestra justicia y misericordia infinita. Perdonad al calumniador como yo lo perdono. Y la bondadosa jóven estaba ruidante de hermosura. La viva llama del hogar reflejaba sobre sus rubios cabellos, que parecian como aureola divina en torno de su rostro angelical, y el blanco vestido que envolvía su esbelto talle, hacian recordar al verla, la inte-